



Mandarse a mudar



JOAQUÍN VALENZUELA



Valenzuela, Joaquín

Mandarse a mudar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Ruinas Circulares, 2014.

140 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-19-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
AGOSTO 2014

Diseño de tapa: Florencia Biondo
Contacto con el autor: gveintinueve@hotmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

JOAQUÍN VALENZUELA

MANDARSE A MUDAR

(NOVELA)

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

I

Didri corrió los almohadones. De un manotazo se sacó de encima la bandeja del desayuno. Pero al revolver el acolchado volaron taza, lentes, diario; y todo lo que tenía entre las sábanas quedó suspendido en el aire, por un rato.

— ¡Aggh! — se quejó con voz de perra —. ¡Beatriz, vení!

Beatriz, María Beatriz, María de las Beatrices golpeó la puerta y entró en la habitación sin esperar el permiso de otras casas y de otras épocas. Era, aunque no consecutivamente, la secretaria privada, la hija de la cocinera, la hermana adoptiva; pero como las dos ya estaban viejas los pocos años de diferencia ni se notaban y, si a eso se le sumaba el trato, resultaba imposible imaginar que alguna vez una de ellas había cargado en brazos a la otra. Además Beatriz no usaba chaqueta ni delantal, llevaba hoy una pollera marrón escocesa, una polera amarilla, de morley, y tocaba a la puerta a propósito, casi por gusto.

— ¡Mirá el despelote que he armado! — protestó Didri en cuatro patas, mitad afuera, mitad abajo de la cama.

— Parecés una peregrina. Luego te van a arder las rodillas.

— ¡Callate vos! — y asomó por fin un cuaderno largo y negro —. ¡Acá está! Lo he terminado. Ahora leeteló, y después me contás si no vale la pena.

Beatriz fue y vino con los dedos por el cartón entelado de la tapa, raspó con la uña el lomo del cuaderno como para quitar algún pegote incrustado y por fin dijo: “Fijate el estampado de las cubiertas. Treinta, veinte años por lo menos. Y el olor de las páginas, como a postre, con la tinta aguachenta”.

— ¡Al principio! Después va cambiando de birome. ¡Además qué tiene que ver que el cuaderno sea viejo! Esto se compra así, se consigue vacío y con cuarenta años encima.

— ¿Cuándo lo habrá comenzado, pobrecita? ¿No le puso fecha en ningún lado?

—En ningún lado. Pero la idea de estos relatos, estas anécdotas del pueblo se la había dado Augusto. Eso lo sé porque me lo dijo Zulema misma antes de ponerse a escribir. Así que calculá, si Augusto vivía, y andaba bien.

—Y la letra nada que ver a ella —suspiró Beatriz—. Fijate. Chiquita, chiquita del todo.

—Yo creo que lo primero que hay que hacer es pasarlo a máquina. Para preservarlo. Claro que habría que organizarle los capítulos, no sé, terminar de redondearlo. Es un trabajo histórico precioso... en fin, será tema tuyo cuando termines de conectar la computadora. Después veremos de publicarselo. O algo.

—Sí, pobre Zulema. Esta siesta lo empiezo a leer. Yo me encargo.

—¡Ojo que no se te caiga nada de lo que tiene suelto adentro! Y ayudame que si no, no arranco más. Buscame en alguna caja el conjunto violeta, una pañoleta que combine, pasame la enagua de cintura... ¿y no me encendés el coche para que se caliente un poco, por favor?

La cinta de embalar desgarró el cartón de una caja. Hacía meses que la ropa seguía empaquetada. Beatriz colocó algunas prendas sobre la cama y desapareció. Didri se vistió a toda prisa, pasó por el baño, se puso los dientes, se batió un poco el pelo pero no se maquilló. Cuando entró al garaje, Beatriz estaba acelerando uno de los dos autos estacionados: el Volkswagen, 1200, celeste, con capota de cuerina beige.

—¡Tranquila negra que me lo vas a matar! Largalo que ya estoy —Beatriz salió del coche y amagó con abrir el portón del garaje, pero se detuvo. —¿Vos pensás salir por acá, Didri?

—¿Cómo está? ¿Anda gente?

—Ni me he fijado pero...

—Sí, sí. No tengo tiempo de pasar el coche para atrás y correr las ramas. Esperá entonces que me saco la pañoleta, me pongo algún bonete y cuando esté lista vos abris y yo paso como por un tubo.

— Te puse otro corpiño porque el de ayer está para lavar. ¿Te diste cuenta?

— ¿El qué?

— Que te cambié la ropa interior de arriba porque supongo que hoy vienen a conectar el lavarropas. Voy a meter de todo.

— ¡Pero si al corpiño que llevo puesto lo acabo de agarrar del tocador!

— ¡Ah, no sé! — gritó Beatriz sobre el ruido del motor — Yo te dejé el último que quedaba limpio sobre la cama.

— ¿Y entonces este corpiño anda dando vueltas desde hace cuánto? Lo siento. No me lo voy a cambiar ahora. ¿Dónde dejé los cigarros? ¿No te fijás por ahí arriba, en el comedor? — Didri se miró en el espejo retrovisor, se acomodó un rulo que se le iba para un costado — ...un saquito tendría que haberme... ¡Beatriz!

— ¿Qué decías?

— Nada, nada. Aceleralo que ahí vuelvo — y arrancó para el living.

Esquivó dos, tres, cinco cestos de mudanza, subió la escalera y entró a su cuarto. Amarillo todo del sol que se filtraba por las ventanas. Tibias del sueño las paredes. Un aire llegaba apenas desde el cuarto de baño. Se le ocurrió abrir los postigos. Agarró con las dos manos el pomo de bronce de una de las ventanas. Lo sacudió un poco. El vidrio tembló como en plena tormenta. A la lista de trabajo había que sumarle un carpintero porque los marcos estaban hinchados por la humedad. Y los postigos nunca se habían podido cerrar del todo. Sea como sea los empujó con rabia. Inhaló la ráfaga fresca que se metió en la habitación.

Didri no tenía olfato. Sufría de anosmia, aunque no del tipo hereditaria. Tampoco del tipo trauma instantáneo. Ella no recordaba haber sentido un perfume, jamás. De todas maneras la brisa sin gusto la movilizaba como a cualquier otra persona el olor a lluvia, o a tostadas recién hechas. Por eso el coche sin capota, para ir y venir al viento por la ruta.

Abrió las otras ventanas, los otros postigos. Pasaron dos teros. Se olvidó del saco que había ido a buscar.

Sujetándose bien de la baranda, porque hacía meses de la mudanza pero todavía no conocía bien la escalera, bajó lo más rápido que pudo. A esta altura del partido, para ella o para Beatriz, las escaleras eran como la gente o como los animales: no había que darles demasiada confianza hasta conocerles las mañas. Además esta era de granito negro, resbalosa.

Cuando volvió a atravesar el living agarró un paquete de cigarritos sin abrir. El parquet lucía bien y no estaba tan hundido como en los cuartos del fondo. “Zulema alcanzó a levantar los pisos de adelante, pero igualmente en el comedor me gustaría poner alfombra”, el vozarrón de Didri irrumpió en el garaje: “...¡buá! nos vemos luego. Si querés fijate qué tal sale hoy el programa. Arriba dejé medio abierto”.

En la intimidad de los pedales ya se había sacado los zapatos, la media de nylon rozó el acelerador y el auto zumbó.

Beatriz se puso los lentes de ver de cerca para poder embocar las llaves, se arremangó la pollera y abrió los dos candados que trababan el cortinado metálico. Se arrastró hasta el costado, giró sobre sí misma, pegó un grito y tiró de la correa. La casa desde afuera parecía abandonada. La ciudad vieja no tenía movimiento. ¿Quién iba a pensar que ese trueno celeste era Didri rajando para el canal?

—Y ya estamos, señoras y señores, en vivo y en directo desde el borde de la ría 29, detrás de la ruta interzonal. A metros del lugar de este lamentable accidente que mantiene consternada a la población de la zona sobre todo debido al hecho tan poco común de que continúan mugiendo, solidariamente, los tropeles de vacas de los campos vecinos como la cámara lo muestra en estos momentos, a casi ya un día de ocurrido el siniestro, vale decir. Desde horas tempranas los camiones de

la Guardia de Honor Municipal van y vienen retirando los restos de medias reses diseminados por los alrededores. La División Anfibia ataviada con sus trajes de neopreno, donados por Tienda Bambú, hace lo pertinente con todo lo que se halla en las aguas. De riguroso traje sastre, tras descender de su coche y antes de organizar el despliegue de los voluntarios, la señora Graciela Irma García, Gegé, como le gusta que la llamen, directora del Hogar de Niños, le dirigió la palabra a la veintena de espontáneos colaboradores que ayudarán en el trabajo de recolección y se calcula que pasado el mediodía las tareas ya habrán finalizado y el tránsito estará normalizado, o al menos funcionará en forma casi regular según se vaya callando el ganado. La Guardia Municipal Ecuestre lucía para la ocasión, el casquete típico con el agregado de una pluma gris en señal de semi-luto ya que no hubo víctimas fatales. Según fuentes aledañas al lugar, la bruma se elevaba a un punto de densidad grado ocho coma nueve en la escala de Rullet cuando uno de los vehículos, el más grande, modelo titánico, con carrocería compacta y maquinaria de refrigeración, que continuará en el agua hasta que se produzca el cambio de marea y baje la ría, se mantenía detenido en la banquina...

—Sergio, recordemos que actualmente está en vigencia la normativa de seguridad vial que prohíbe la detención de cualquier tipo de móvil a la vera de autopistas o caminos pavimentados durante las jornadas en que la bruma sobrepase los cinco puntos de la escala nominal.

—Así es, Didri. Permítame que agregue que lo que sí se sabe con mayor seguridad, según dichos del camionero que en momentos del impacto se hallaba orinando junto a uno de los postes del arco de bienvenida, es que el conductor del otro vehículo, aquel camioncito del fondo, bastante venido a menos como puede ver, logró salir por sus propios medios de...

—¡Oh! ¿Y cómo está, querido?

—Aparentemente se ha perdido o abandonó el lugar. Se teme que haya caído a la ría que en esos momentos estaba en

su pico máximo de entrante, por eso se realizará un rastrillaje cuando...

— ¿Y esa cantidad de gente, Sergio? ¿No se supone que debería estar todo más privatizado? ¿Por qué hay tanta gente dando vueltas en el lugar?

— Lo que pasa es que según el pedido de la señora Gegé, los cortes chicos, las tapas de asado y las achuras que se recuperen en buen estado serán trasladados inmediatamente, antes de que sufran la lógica descomposición, al Hogar de Niños para que les aproveche en una sucesión de extraordinarias cenas a beneficio. Todas estas personas, precisamente, son voluntarios de la cooperativa que con brío y solidaridad le dan...

— ¡Sergio!

— ... tono de sana camaradería al episodio de recolectar bola de lomo y...

— ¡Nene!

— ... por nuestra cámara...

— ¡Sergio! ¡Pará! ¡Sentime a mí!

— ¿Sí, Didri?

— Sergio, a ver... volveme para el lado del puente un cachito, por favor. Tratame de enfocar a ese grupo de muchachos que se te cruzó hoy.

— ¿Qué grupo?

— Unos muchachones que se cruzaron hace un ratito nomás. Escuchá querido ¿todo esto que estamos viendo vos lo tenés grabado y me lo estás pasando? ¿O es ahora?

— Es ahora, ahora.

— ¿Y quién sostiene la cámara?

— Yo, Angle.

— ¡Angle! ¿Y qué hacés vos ahí?

— Me tocaba practicar.

— ¿Y? ¿Te gusta, te sentís cómoda?

— Sí, señora.

— ¡Bueno, dale, dale! Crucen el terraplén y vayan hasta donde se fueron esos...

— Yo no me pienso meter, le aclaro Didri. Está todo lleno de plantas con pinches. Se me van a correr las medias.

— ¡Señora Didri! Aquí Sergio, si quiere vamos por el...

— ¡Hagan lo que les digo! ¡Quiero un interviú con uno de esos muchachos! El que llevaba camisa cuadrillé. ¡Ahora!

— Es que ya están lejos. Angle, enfocá, enfocale para que vea. ¿Los distingue allá al fondo? Le digo que es imposible...

— Nada es imposible para mi cámara ambulante. ¡Corran! ¡Corran! ¡Angle! ¡Mové, por favor! Y vayan enfocando más, más de cerca.

— Es que este aparato no agarra de tan lejos. A mí me parece que le falta un coso en la punta.

— ¡Bueno, dejen! ¡Dejen! ¿Qué más Sergio? ¡Angle! Ponemelo a Sergio en el aire ¡Enfocalo, hacé el favor!

— ¿Sí, Didri?

— Sergio, ¿tenés algún otro dato de interés, querido?

— Por ahora nada más. Regresamos más adelante con más información.

— ¿Perdón?

— Que regresaremos más adelante con más información, señora.

— No, mentira. Se meten en la camionetita y se vienen para acá. ¡Angle! Pasen ya saben por dónde y pidanle a Beatriz que me mande el cuaderno que le di hoy temprano. Con todo lo que tenía adentro.

— ¿Qué cuaderno de hoy temprano?

— ¡Y a vos qué te importa! Beatriz, si me estás mirando, ya sabés. A ustedes, mi querida gente, los adoro como siempre y enseguida volvemos.



- ¡Mirá el despelote que he armado! - protestó Didri en cuatro patas, mitad afuera, mitad abajo de la cama.

- Parecés una peregrina. Luego te van a arder las rodillas - dijo Beatriz.

- ¡Callate vos! - y asomó por fin un cuaderno largo y negro.- Lo he terminado. Ahora leeteló, y después me contás si no vale la pena mandarlo a publicar.

Una conductora de TV devenida diva de pueblo, su grupo de amigas, un caserón heredado y el hallazgo de un antiguo cuaderno que narra la saga de los primeros años del lugar. Una ciudad sin nombre. Un naufragio. Vacas que mugen solidarizadas con los hechos. Inundaciones y artistas viajeros por un mapa sin tiempo.

En una prosa ferviente los diálogos se suceden uno detrás de otro, haciendo avanzar la acción y, a la vez, mostrando el colorido de sus personajes: Didri y su asistente Beatriz, los hermanos Urriza, Cramer vs. Cramer, un aprendiz de meteorólogo y el coro de enfermeras conforman un circo sin carpa, el sainete de todos los días con un lenguaje rioplatense al borde del melodrama.

